



Lenguas de fuego

ANA MARÍA CADAVID



LETRA X LETRA
—CUENTO—

Cadavid, Ana María

Lenguas de fuego / Ana María Cadavid. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2018

318 p.; 21 cm. -- (Letra x Letra)

ISBN 978-958-720-524-4

1. Cuento colombiano. I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.

C121

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Lenguas de fuego

Primera edición: agosto de 2018

© Ana María Cadavid

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-524-4

Edición: Carriña Cadavid Cano

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Orange dress*, 1926. George Spencer Watson (1869 - 1934)

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

De siete en siete	11
Maravilla no tiene cédula.....	13
Anillos de calamar y cebolla.....	21
<i>Modus operandi</i>	27
Silencio.....	37
Los gavilanes tienen el ojo seco.....	39
Parábola de manos en domingo	41
Otros músculos.....	45
Regresa pronto.....	49
Agua bendita	51
Azulado y negro	55
Por Carmen	59
Veinte mil pesos oro	63

Cubismo.....	69
YN ♥ NY.....	73
Y la tierra entre los ríos.....	79
Calambur.....	83
Conjeturas.....	87
Ambidiestras.....	91
Un asunto de fe.....	99
Aves de corral.....	103
Fábrica de galletas y confites.....	111
Cristal cortado.....	117
La neve.....	121
Alfombra amarilla.....	127
Goteras.....	131
Canícula.....	133
La viuda blanca.....	143
Brackets.....	153
Veniales y labidentales.....	161
Lo bueno no dura.....	165

Réplicas	171
La pequeña bailarina.....	175
No preguntes nada.....	187
Perfecto	191
Magma.....	197
Cifras redondas.....	201
Almendras garrapiñadas.....	213
Familia política	223
Geografía de un hematoma.....	235
Mai Tai, clic.....	241
<i>Eau de vie</i>	245
<i>Spill the beans</i>	255
Fugados.....	275
Un ángel en el techo.....	295
Lenguas de fuego	309
Marcas	313
Bosque Umbrío.....	315

*Lenguas
de fuego*

Para Alberto, Santiago y Sergio; aves en mi corazón

De siete en siete

Las escaleras son el hilo que cose mi casa. Las traviesas de roble descansan oblicuas y los travesaños de pino hilvanan habitaciones y estancias. Nos casamos. Al regreso de la luna de miel Alejandro armó las escalas. Luego de pulir los tablones, encajándolos uno a uno, llegó al tercer piso. Los peldaños, que ahora están asegurados con clavos, tableteaban. La biblioteca era nuestro dormitorio. Yo trepaba pegada del aire y Alejandro me decía, no mires el vacío, y yo subía mirando el final de las escaleras, arriba, donde estaba la cama. Después de que hizo el pasamanos, contratamos la construcción de las alcobas. Una grande para nosotros y una pequeña para unos niños que, en ese momento, solo tenían la consistencia de un cuarto sin camas. Ahora, si llegas al garaje, subes un piso para estar en la casa, pero si entras por la puerta principal, te encuentras la sala, el comedor y la cocina; y si miras a tu izquierda, están las escalas que vienen subiendo catorce pasos desde el garaje y que con siete más te llevan a las alcobas. Arriba está el estudio, siete gradas por encima de los dormitorios, catorce en lo alto de la sala y veintiocho sobre el garaje. Las escaleras, como las ramas de un árbol, tejen peldaños por el tronco hueco de la casa. Los niños aprendieron a gatear de espaldas para no

rodarse y en seguida a bajar pegaditos del pasamanos y más tarde a saltar escalones. Después subían paso entre paso para no despertar a los durmientes. Hace unos días las maletas golpearon los tablones. Las rueditas dejaron marcas en el barniz... Y en verano, cuando el sol entra por la ventana y atraviesa los peldaños y las sombras rayan las paredes y las fibras se dilatan y se tensan los clavos y las escaleras crujen, pienso que todo va a volar por los aires. Y en las noches, cuando hace frío, cuando la madera se contrae, cuando la temperatura baja, temo que se desbarate el andamiaje. Pero ahora, ahora desde mi alcoba, oigo un latido de madera, un golpe seco, el eco de una pisada, solo una.

—¿Estás ahí?

Maravilla no tiene cédula

Toc, toc, toc.

—¡Por qué no usa el timbre como el resto de los mortales!

Bajo renegando. Miro el vidrio, pero solo veo un pájaro carpintero que se come un bicho en el sillar de la ventana. Lo golpea con el pico, se lo traga y vuela. Subo sonriendo los siete peldaños hasta mi alcoba, y de nuevo oigo ruidos.

Huelo el cigarrillo.

—Doña, le voy a lavar el piso del estadero. Mire que tiene lama y se puede resbalar —Maravilla habla con un cepillo en la mano.

—¿Ya sacó el duplicado de la cédula? —se sonríe, abre la manguera y cepilla.

Conozco a César desde que vine a vivir a esta casa, desde que me casé. Siempre está por ahí, en algún techo, cavando un hueco, pintando, arreglando una tubería, matando una rata. Siempre intermitente. Aparece y desaparece al ritmo de los trabajos, de los señores y del vicio; porque el aguardiente es, de todos sus patrones, el más implacable.

—Si no tiene cédula no tiene seguro y sin seguro es un peligro darle trabajo. ¿Por qué no vino ayer, ni hace caso, ni cumple compromisos, ni hace la vuelta?

—Usted sabe, doña... —tiene razón, yo sé.

Vivo en la Loma de las Brujas, en lo que era la finca de los abuelos de mi esposo. Una propiedad que con los años se ha dividido en hijos y nietos. Muchos de los parientes más distantes vendieron a los urbanizadores; sin embargo, mis suegros y su descendencia han conservado la tierra haciendo casas, “para disfrutar del privilegio de tener una finca, un paraíso en la ciudad”. Pero siete casas separadas por un jardín son siete casas que se deterioran y requieren de un Maravilla que las mantenga.

—César, ¿a usted quién lo bautizó Maravilla? —le pregunto mientras se desayuna el café con leche, el huevo frito, la arepa con mantequilla, el queso, las galletas de soda.

—El abuelo, doña.

—Yo pensaba que era un chiste de Luis.

—No, él me puso así porque cuando yo terminaba un trabajo, le mostraba: vea qué maravilla, patrón —se ríe y deja ver los dientes renegridos de tanto fumar.

—Pero usted trabajó mucho con Luis.

—Sí, doña, desde que vivía con la primera mujer y después, cuando se separó y se casó con doña Alina, también... vea usted, el abuelo y Luis ya están muertos como doña Alicia. Tres patrones muertos —remoja la galleta en el café, me mira de reajo y enconcha la espalda sobre la bandeja para taparse. No quiere que le vea la cara.

En los tres entierros estuvo presente y por los tres lloró. Hago cuentas, César ha tenido más de veinte patrones porque en cada casa están marido y mujer y, por ejemplo, donde Alicia, mi cuñada, quedaron los cuatro hijos y cada uno encierra un carácter y unas demandas distintas que él sobrelleva sin chistar.

—César, ¿cómo le va con los hijos de Alicia?

—Doña, usted sabe que yo soy una tumba.

—Una tumba que se las sabe todas —y le insisto—: de los cuatro, ¿quién es el que manda?

—El joven Pedro es el que paga, pero la niña Nora es la que manda... y es brava, con decirle que yo no conocía la maldad hasta tratar con ella.

Me río. Sobrio habla poco, pero cuando se emborracha sube la loma en zigzag y se la pasa deambulando por las casas. Tararea tangos. Habla consigo mismo, son unos diálogos que al menor de los sobrinos no lo dejan dormir. Delira cosas como: yo no dejo que maten al patroncito, él es muy noble, no lo vayan a matar. Y hace unos días, a media noche, gritó: llamen a la policía, me van a matar. ¡Auxilio! ¡Ladrones, ladrones! Un vecino llamó al 123. Vinieron dos agentes, tocaron la puerta de la casa de la abuela y ella, muy plantada, les dijo que aunque fuera la policía no iba a abrir. Entonces nos avisó por teléfono y Alejandro, mi esposo, fue corriendo. Cuando llegó ya no había policía, ni ladrones, ni César. Dormimos sin entender nada y al día siguiente preguntamos; nadie sabía algo distinto a los gritos en la noche. Dos semanas más tarde vi a César, y cuando le reclamé se hizo el bobo: no, doña, yo no sé de qué me habla, eso son chismes que se inventan.

—Aquí está el barniz para la tablilla.

—Primero la tengo que limpiar con varsol.

—Busque el varsol y no lo huela que se marea.

Algunas cuñadas dicen que César es un alcohólico y es un problema. Otros alegan que es inofensivo, que es un hombre bueno. Sin embargo, yo les advierto que aunque sea un trabajador independiente, es un riesgo que no tenga seguro y por eso le pido la dichosa cédula. Pero él vive

al día, soñando con alcanzar el sábado para emborracharse. Hace un tiempo, cuando el abuelo estaba vivo, se nos perdió por años; después apareció y dijo que estaba trabajando para un mafioso.

—¿Cuántos años le trabajó al mafioso?

—Como siete.

—¿Y es muy rico?

—Riquísimo, doña, porque se quedó con la plata del hermano gemelo. Nadie sabe para quién trabaja. Iban juntos y para matar a uno, les dispararon a los dos. Nueve tiros y no lo mataron, en cambio, al otro, con una sola bala lo dejaron frito. Y este se quedó con todo.

—Entonces, ¿el mafioso era el otro? —le pregunto.

Él mete la brocha en el tarro y se sonríe.

—No me tiene que contar, pero venga para que cierre el garaje. Si suena el teléfono, conteste. Y no le abra la puerta a nadie. Yo vuelvo antes del mediodía. Tome la llave por si tiene que salir.

Maravilla es de confianza. Ha recorrido cada rincón de mi casa con una brocha. Hace un par de años vino “prendido” a pedirle a mi esposo una recomendación para arrendar una pieza para vivir. Necesitaba que hablara de su honradez. Alejandro le sirvió una sopa y César le dijo: vea, patrón, yo soy tan honrado que aun sabiendo dónde tiene guardados unos dólares y los pasaportes, no me he robado nada. Muy honrado y muy sabido, puso en la carta. Después le dije que debíamos cambiarlos de lugar, pero me contestó que hay gente que se gasta la vida sospechando y como pago reciben la confirmación de sus recelos.

—Maravilla, ¿alguien me llamó?

—No, doña, a usted no la llama nadie. Ve a, le devuelvo la llave.

Todos los Gutiérrez tenemos una llave de repuesto en la casa de la abuela. Ha sido de gran utilidad; una vez, Tomás, mi hijo menor, el que olvida todo, llegó de la universidad, fue a buscar la llave en la vasija, sobre la mesita del hall, donde están amontonadas, pero no la vio. Extrañada, la abuela gritó: ¡Maravilla, ¿dónde está la llave de Alejandro?! De pronto se oyó un “toc, toc” y una vocecita de un inframundo que decía: aquíí. Y por arte de magia, por una hendidura del entablado de la sala, brotó la llave. César estaba debajo reparando una tubería.

—¡Maravilla! —lo llamo para almorzar y no responde—. ¡Césaarrr! —grito fuerte hasta que lo veo. Viene de la casa de la abuela con una botella en la mano.

—¡Presente! —se sienta asesando en la mesa del jardín donde le sirvo la comida.

—¿Dónde andaba? ¿Por qué se pierde a cada rato? Usted sabe que a mí no me gusta que esté picando trabajos en las otras casas cuando está conmigo.

—Nooo, doña, usted sabe que a mí no me gusta caparle trabajo. Yo estaba trayendo un thinner que sobró el otro día donde la abuela.

Es raro, antes nosotros sabíamos de qué herramienta se disponía, pero últimamente no sabemos nada. Si se necesita una escalera, él la busca donde Alina y un taladro donde los Correa, el lazo donde los Velázquez, la medialuna donde Mariela, la pulidora en casa de María Isabel, el machete donde la abuela. Él sabe dónde está cada cosa, porque constantemente trastea todo. Hace unos días le señalaba a mi cuñada: doña, es que esta herramienta no es de nadie,

porque es de toodos nosotros y en ese “toodos nosotros” estaba él a la cabeza.

—¿Sabe qué? Le doy la tarde libre para que haga la vuelta de la cédula.

—Primero tengo que hacerme las fotos y el examen de sangre y no tengo plata.

—Tenga quince mil, para que no siga sacando disculpas. Lo voy a meter al seguro porque definitivamente usted, por sí mismo, no hace nada.

No se organiza y cada vez es peor. Algunas veces toca en la puerta, pregunta por don Alejandro porque sabe que yo lo detesto borracho. Y mi marido baja y César le dice: patroncito, usted que es tan noble, deme plastica adelantada; es que tengo una necesidad muy grande, y no solo le da la plata sino que también le sirve sopa y seco para que se le baje la borrachera. Usted es el patrón que yo más quiero, balbucea sentado en los peldaños de la puerta de entrada mientras que yo reniego, sígale alcahueteando, que todo lo que se gana este hombre es para beber. Y no hay cantaleta que valga, él sigue subiendo y bajando la loma con la sonrisa anestesiada de los borrachos, con la circunspección de los enguayabados. Va y viene. Ya incluso lava la ropa. No sé en cuál poceta, pero en estos días vi un calzoncillo, un bóxer anaranjado, asoleándose en el aro de la cancha de básquet de la casa de Fernando. Pregunté por semejante monumento al basquetbolismo y me dijeron que eran de Maravilla. Es un desastre. Hace unos meses se metía en el garaje de la casa de la abuela y amanecía acostado en la mesa de planchar; mi cuñada lo sacó regañándolo como a un perro. Cambiaron la cerradura y entonces decidió trastear las borracheras al vivero de las orquídeas; también lo sacaron.

Siguió metiéndose a un cuartico sin puertas que tenemos junto al jardín. Allí hay una silla mecedora desvencijada en la que últimamente pasa sus delirios.

—César, ¿usted por qué viene a pasar la borrachera aquí, a esta casa?

—Es que donde yo vivo se aprovechan cuando me ven así.

No sé si es que soy muy paciente o muy pendeja, en realidad ya ni me lo pregunto. Una vez que tenía frío, ganas de llorar, abrí la puerta y me senté en las escalas de la entrada. Quería un poco de aire, un poco de sol. Sobre todo sol. Miraba sin contemplar el jardín porque tenía los ojos encharcados y no podía ver nada. Ese día Maravilla salió del cuartico, se acomodó un peldaño más abajo y, sin mirarme, dijo, ay, doña, hoy no pude trabajar, usted sabe; si la señora Alina me ve así, me regaña. Sí, César, yo sé. Y entonces me levanté, me limpié la cara, entré a la casa, terminé de hacer el almuerzo y le serví un plato de comida en la mesa del jardín.

—¿Y la cédula, César? ¿Cuándo me la va a traer?

—Ayer los de la Registraduría estaban en huelga, además tengo que poner el denunció de la otra cédula que me robaron... Pero de mañana no paso, se lo prometo.